

Vicente Torrijos

## **Cartografía del conflicto: pautas interpretativas sobre la evolución del conflicto irregular colombiano\***

Por **Germán Darío Valencia Agudelo**  
Grupo Hegemonía, Guerras y Conflictos  
Instituto de Estudios Políticos  
Universidad de Antioquia

**L**lama la atención el concepto de cartografía con que inicia el título de su ensayo, el cual remite a la idea de un trabajo que podría contener mapas geográficos y territoriales sobre el conflicto colombiano, como normalmente se construyen los atlas cartográficos; sin embargo, no lo hace. En su lugar, el texto presenta nueve figuras o mapas conceptuales con los que intenta dar cuenta de su síntesis explicativa al fenómeno analizado. Su intención, como la del resto de comisionados, es triple: a) identificar las causas y orígenes del conflicto —génesis y contexto—; b) presentar los factores que explican su persistencia —parámetros evolutivos—; y c) mostrar los impactos y efectos que ese conflicto ha causado entre la población. De allí que su trabajo siga exactamente este mismo orden, sintetizado en su modelo analítico de la figura 1, Cartografía del conflicto entre el Estado y las OAI (p. 656).

Además del orden expositivo, el autor advierte que su ensayo será un “estudio analítico e interpretativo sobre la naturaleza del conflicto irregular en Colombia”, cuya metodología consiste en estudiar relaciones de fenómenos y variables, y no una recopilación de “datos, cifras, listados o citas bibliográficas sobre el caso”, lo que le permitirá presentar una “visión comprehensiva y genuina sobre la evolución del conflicto” (p. 652). Y para construir esta visión *comprehensive* y *genuina*, Torrijos adopta como estrategia de análisis y de exposición —aunque no lo reconoce explícitamente— de ver al



***Esta forma lógica de analizar la política, y particularmente el conflicto armado, se aleja mucho de lo que puede llamarse una visión comprensiva y genuina del fenómeno en cuestión, debido básicamente a dos razones: la primera, es la larga tradición que existe desde la ciencia política y otras ciencias sociales por analizar desde la teoría de juegos este tipo de fenómeno; práctica —que como se señalará más adelante— ha sido retomada por muchos autores colombianos desde hace ya casi dos décadas y que no es reconocida en el ensayo de Torrijos.*** ”

conflicto armado colombiano como un juego político, compuesto por un escenario —el juego—, unos actores —agentes— y unos resultados —matriz de pagos—.

Esta forma lógica de analizar la política, y particularmente el conflicto armado, se aleja mucho de lo que puede llamarse una visión comprensiva y genuina del fenómeno en cuestión, debido básicamente a dos razones: la primera, es la larga tradición que existe desde la ciencia política y otras ciencias sociales por analizar desde la teoría de juegos este tipo de fenómeno; práctica —que como se señalará más adelante— ha sido retomada por muchos autores colombianos desde hace ya casi dos décadas y que no es reconocida en el ensayo de Torrijos. Y la segunda, las críticas que se le vienen haciendo a este tipo de enfoque analítico, que a pesar de identificar las características esenciales de un fenómeno, tiene limitaciones explicativas debido a su carácter simplista y reduccionista.

La intención en este comentario crítico es llamar la atención sobre las limitaciones que tiene el ensayo del comisionado Vicente Torrijos —en el doble sentido antes enunciado—, lo que lo hace poco comprensivo y genuino. Para el desarrollo de esta idea, el comentario se divide en dos apartados: en el primero se presenta una síntesis del ensayo de Torrijos, donde trata de evidenciar el uso de la lógica analítica de la teoría de juegos para explicar el origen y la evolución del conflicto armado colombiano; y en el segundo, se desarrolla la crítica.

### **1. La propuesta analítica de Torrijos**

La lógica analítica que sigue la teoría de juegos es muy simple: primero se presenta el juego —finalidad— y a los jugadores, y luego los resultados de las interacciones estratégicas de los jugadores (Jiménez, 2008). El ensayo de Torrijos sigue exactamente esta secuencia. Lo primero que hace es presentar al conflicto armado colombiano como un juego que se da “de manera asimétrica entre actores” (p. 653), cuyo propósito es “obtener el control sobre un mismo conjunto de recursos escasos relacionados con el poder político” (p. 656). Se ve al conflicto armado colombiano como un juego donde “las partes usan creativa y dosificadamente, siempre de acuerdo con las circunstancias y el entorno, el mayor número de posibilidades de alcanzar la victoria” (p. 653).

Luego Torrijos identifica a los jugadores y los caracteriza en cuanto a sus discrepancias y similitudes. Es un juego de solo dos actores: “el Estado y las dos guerrillas [...]: las Fuerzas Armadas Revolucionarias [Farc], y el Ejército de Liberación Nacional [ELN]” (p. 652). Torrijos es cauto al señalar e identificar otros actores sociales involucrados en el juego —sociedad civil, población civil, ciudadanos, comunidad internacional, población, élites, dirigentes políticos, empresarios, feligreses, periodistas, gremios y grupos de interés, entre otros—, pero advierte que estos no participan en calidad de jugadores. Discriminación que opera, incluso, para los grupos paramilitares que aparecieron con el “pretexto de contrarrestar unilateralmente el expansionismo guerrillero” (p. 660) y que a pesar de su importancia en el conflicto armado colombiano no los incorpora en el juego.



Estado y guerrillas se diferencian en los propósitos específicos y su naturaleza, pero se igualan en cuanto al comportamiento racional y estratégico que tienen y a la situación de empate militar. Para Torrijos, las fuerzas subversivas: “[...] a pesar de no contar con aviación de combate o artillería pesada, pueden, por ejemplo, infligir golpes tácticos que tienen repercusiones estratégicas” (p. 653). Son “unas guerrillas que [sic] suficientemente poderosas tanto en el uso de la fuerza como en el manejo de sus ingresos, lúcidas en la narrativa y en la renovación del discurso ideológico, y dotadas de una inteligencia estratégica remarcable” (p. 654).

Por un lado, el Estado busca “perfeccionar un sistema de gobernabilidad democrática” (p. 659) y alcanzar el monopolio de la fuerza. Para el autor, existen diferencias en la conducta entre los agentes que componen el Estado. Por ejemplo:

Las Fuerzas Armadas en general, y las Militares en particular [han entendido] perfectamente la diferencia entre “contención del comunismo” y “contención del terrorismo”, de tal suerte que protegiendo al ciudadano y fortaleciendo los valores de la democracia liberal, ellas fueron autorregulándose en un interesante ejercicio de homeostasis operacional, transformación y anticipación estratégica (p. 661).

Y también existen dentro del Estado funcionarios públicos y congresistas que actúan de otra forma, incluso, asumiendo posturas y actitudes contradictorias que le han facilitado “las tareas de la subversión”, debido a la búsqueda de estrategias de juego iniciativas antisubversivas —tradicionales y experimentales—.

Por otro lado, las guerrillas que intentan “fortalecer sus posiciones y la lucrativa explotación ilegal de recursos escasos, [y] socavar la democracia y conducirla hacia un esquema institucional propio del autoritarismo marxista” (p. 654). Dice Torrijos de las guerrillas que su actitud es penderciera, su conducta agresiva, la violencia es indiscriminada y generalizada, y sus prácticas predatorias y destructivas (p. 658-660). Su “principal característica es que han privilegiado la rapacidad y el terrorismo como método de lucha revolucionaria e interacción política” (p. 655). La guerrilla usa “acciones terroristas” destinadas a “ejercer influencia local, regional o transfronteriza a cualquier costo, o sea, afectando a la población civil en su conjunto” (p. 653). Su estrategia de juego es ir “desde lo local hacia las regiones para realimentar de nuevo los escenarios microlocales pasando antes por los complacientes regímenes revolucionarios del vecindario, y así sucesivamente [modelo de conflicto centrífugo-centrípetal]” (p. 654).

Finalmente, se describe la dinámica evolutiva del juego, que va desde el origen hasta los resultados. Torrijos divide su exposición en tres etapas: en la primera analiza el origen del juego —inicio del conflicto armado interno—; en la segunda, la dinámica del juego —evolución del conflicto—; y en la tercera, la matriz de pagos —los resultados—. Sobre cada uno de estos tres momentos se puede sintetizar la postura del comisionado de la siguiente manera:

*Esta larga tradición de estudios de conflictos armados desde la biología...*

**Estado y guerrillas se diferencian en los propósitos específicos y su naturaleza, pero se igualan en cuanto al comportamiento racional y estratégico que tienen y a la situación de empate militar. Para Torrijos, las fuerzas subversivas: “[...] a pesar de no contar con aviación de combate o artillería pesada, pueden, por ejemplo, infligir golpes tácticos que tienen repercusiones estratégicas”** “”

*...los soldados—*



**En el segundo momento se describe la evolución y persistencia del conflicto. Allí, Torrijos propone —no desarrolla— nueve modelos y dimensiones que permitirían explicar la evolución y persistencia del conflicto. Se interesa particularmente en ubicar los factores que han permitido la continuidad del juego. Son modelos que, en el estricto sentido del término, funcionan más bien como hipótesis de trabajo que como constructos mentales...** //

El primer momento se inicia en la década de 1960, con la aparición de las dos guerrillas —FARC y ELN—. Es ese momento se inicia el juego macabro entre Estado y guerrillas que pugnan “simultáneamente por obtener el control sobre un mismo conjunto de recursos escasos relacionados con el poder político” (p. 656). El juego, es decir, el conflicto armado interno, se inicia por la guerrilla. Según Torrijos, este es “el verdadero origen del problema”: la guerrilla toma la “decisión racional” de apelar “al uso de la fuerza para amparar en ideas políticas las prácticas atemorizantes” (p. 658). Y aunque reconoce que en un principio —década de 1960— la guerrilla fue un actor “bondadosa, comprometida con el sufrimiento de los sectores marginales de la población [...] en los últimos tiempos habría ido convirtiéndose en una simple banda terrorista asociada a las drogas” (p. 658).

En el segundo momento se describe la *evolución y persistencia del conflicto*. Allí, Torrijos propone —no desarrolla— nueve modelos y dimensiones que permitirían explicar la evolución y persistencia del conflicto. Se interesa particularmente en ubicar los factores que han permitido la continuidad del juego. Son modelos que, en el estricto sentido del término, funcionan más bien como hipótesis de trabajo que como constructos mentales, utilizados para explicar un fenómeno; es decir, Torrijos identifica un aspecto del juego y lo desagrega para explicar a un agente, a una situación, a un resultado, etc. Todo hace parte del mismo macro modelo explicativo de intentar dar respuesta a la pregunta de por qué ha sido un juego —conflicto— de tan larga duración.

En el tercer momento están los resultados, denominado *Impacto y efectos: las víctimas*, el “epifenómeno del conflicto” (p. 679). Solo hasta este punto el autor incorpora un tercer agente en el juego, distinto al Estado y a las guerrillas, un agente al que intenta inventariarlo —tipología de víctimas— y definirlo —la noción básica de víctima y noción comprensiva de víctima—, además de mostrar cómo los actores del juego —Estado y guerrillas— han causado daños —costos y pérdidas—. Aquí aprovecha Torrijos para señalar a “los insurgentes” como “altamente responsables” (p. 687): “los grupos insurgentes son los principales responsables de la tragedia humanitaria que ha vivido el país” (p. 690).

En definitiva, Torrijos presenta un macro modelo explicativo del origen, evolución y consecuencias del conflicto armado interno. Juego que aún se encuentra en curso —sigue operándose—, cuyo gran perdedor son las víctimas y el responsable las agrupaciones guerrilleras.

## 2. La visión crítica

Como se advirtió al inicio, el modelo analítico propuesto por Torrijos tiene una larga historia dentro de las ciencias sociales. El origen de la teoría de juegos —como se le conoce a este enfoque— se remonta a la década de 1940, con la aparición del trabajo *Theory of games and economic behavior* de Von Neumann y Morgenstern (1944). Dos décadas después comenzaron a aparecer trabajos dentro de las ciencias sociales que utilizando la teoría de juegos analizaban los conflictos armados. Uno de los autores más representativos de este tipo de análisis es Tullock



(1967), que introduce en el estudio de los conflictos bélicos aspectos como la no cooperación, la ausencia de instituciones y el gasto militar del Estado. Lógica que continuó enriqueciéndose desde aquel momento hasta el presente con trabajos como los de Baumol (1990), Collier y Hoeffler (1999), Garfinkel y Skaperdas (2000), Grossman (1991; 1995; 1998), Hirshleifer (1988a; 1988b; 1995), McGuire y Olson (1996), Skaperdas (1992), Skaperdas y Syropoulos (1995; 1996).

Esta larga tradición de estudios de conflictos armados desde la teoría de juegos fue introducida en Colombia hace ya casi dos décadas. Gorbaneff y Jácome (2000) e Isaza y Campos (2005), por ejemplo, hacen esfuerzos aplicados para analizar el fenómeno de la insurgencia armada en Colombia desde dicha visión. Los trabajos ven a la insurgencia como un agente racional —empresario—, que realiza actividades económicas al margen de la ley y que intenta ser controlado por el Gobierno a través de un gasto militar —salario de los soldados—. Son análisis que enfatizan precisamente en la conducta racional y económica de la insurgencia — como quiere hacer ver el ensayo Torrijos—, donde los jugadores hacen sus cálculos de costos y beneficios, y toman las decisiones que más se ajusten a sus objetivos específicos.

Incluso, hay trabajos que desde principios de este siglo —ubicados en la misma postura inicial de Torrijos (p. 652): “no busca recopilar datos, cifras [...]”— realizan análisis similares. Salazar y Castillo (2001), por ejemplo, hacen un enorme esfuerzo por construir una explicación del origen, desarrollo y expansión del conflicto armado, vista desde las conductas estratégicas de sus protagonistas. Nos dicen: este fenómeno es “el resultado banal de la acción racional de los agentes armados y no armados que han aprendido a sobrevivir en condiciones de extrema incertidumbre, escasa solidaridad y falta de reglas transparentes para conducir las relaciones entre los individuos y entre éstos y los distintos grupos sociales” (p. 11).

Los profesores Salazar y Castillo, del Centro de Estudios de la Realidad Colombiana (Cerec) de la Universidad del Valle, logran mostrar, desde hace cerca de tres lustros, que el conflicto armado colombiano es un juego estratégico donde múltiples actores racionales toman decisiones de forma codependiente —lo que haga un actor afecta las expectativas de los demás agentes—. Asumen que los agentes son racionales en la medida que muestran “una conducta consistente, que sigue unas metas definidas y trata de elegir unos cursos de acción apropiados para alcanzar esas metas” (2001, p. 61). “En este juego dinámico participan las Fuerzas Armadas regulares (el Estado), las organizaciones guerrilleras, los paramilitares y la población civil. Todos estos agentes racionales recurren a diversas formas de organización y conocimiento, basados en distintos modelos de recolección, procesamiento y transferencia de la información” (Valencia, 2006, p. 149).

El de Salazar y Castillo (2001) es un completo análisis de conflicto armado, visto como un enfrentamiento entre grupos armados que usan —en diversas intensidades y formas— una estrategia de amenaza y protección para incrementar su poder sobre la población civil. Paramilitares, guerrilla y Fuerzas Armadas extraen tributación económica de la pobla-

***Esta larga tradición de estudios de conflictos armados desde la teoría de juegos fue introducida en Colombia hace ya casi dos décadas. Gorbaneff y Jácome (2000) e Isaza y Campos (2005), por ejemplo, hacen esfuerzos aplicados para analizar el fenómeno de la insurgencia armada en Colombia desde dicha visión. Los trabajos ven a la insurgencia como un agente racional —empresario—, que realiza actividades económicas al margen de la ley y que intenta ser controlado por el Gobierno a través de un gasto militar —salario de los soldados—.*** ”



**En síntesis, desde hace más de dos décadas la academia colombiana viene realizando análisis como el que nos propone el comisionado Torrijos. Trabajos que, usando o no el instrumental matemático, realizan análisis sofisticados sobre el conflicto colombiano, que logran introducir mayor realismo al modelo: como incrementar el número de actores, la codependencia y percepciones mutuas, las capacidades militares y políticas, y los resultados probables de su interacción** ”

ción civil a cambio de protección con respecto a su propia amenaza y a la de otros agentes involucrados en el conflicto (p. 105).

En síntesis, desde hace más de dos décadas la academia colombiana viene realizando análisis como el que nos propone el comisionado Torrijos. Trabajos que, usando o no el instrumental matemático, realizan análisis sofisticados sobre el conflicto colombiano, que logran introducir mayor realismo al modelo: como incrementar el número de actores, la codependencia y percepciones mutuas, las capacidades militares y políticas, y los resultados probables de su interacción (Valencia, 2006, p. 150). Que, incluso, llega a otros resultados muy distintos a los de Torrijos:

[Un] sistema económico y social excluyente, y sin ninguna capacidad de auto regulación, de la falta de monopolio de las armas por parte del Estado en vastas zonas del país (en lo urbano y en lo rural, en el centro y en las márgenes), y de la ausencia de reglas claras y transparentes para dirimir los conflictos entre los ciudadanos y de los mecanismos para asegurar su cumplimiento y observación (Salazar y Castillo, 2001, p. 28).

Pero la conclusión más importante a la que llegan estas explicaciones es reconocer lo limitado que resulta este tipo de análisis para la realidad colombiana. Un fenómeno que, como lo reconoce el mismo Torrijos (p. 652), se caracteriza por ser cambiante —dinámica evolutiva del conflicto— y complejo —multidimensional y multifactorial—. De allí que, a pesar del esfuerzo por inyectar mayor realismo a los modelos matemáticos o a los análisis cualitativos, se encuentran con el hecho de producir siempre visiones simplificadas de la realidad, que reducen el conflicto a unas cuantas variables y que uniforman la conducta de los agentes del juego —los llamados agentes representativos—.

Modelos del mundo que a pesar de estudiar las características esenciales de los fenómenos, no logran por completo dar cuenta del fenómeno: son construcciones simplificadas y reduccionistas. A este tipo de estudios le pasa algo similar que a los ingenieros al construir modelos de avión o de un edificio, se dan cuenta que estos “carecen de muchas de las características del producto a escala natural: son más pequeños, aproximados en muchos detalles y no contienen muchos de los mecanismos que contiene el objeto real” (Jiménez, 2008, p. 12).



Instituto de estudios políticos  
Jefe unidad de documentación



\* Véase Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (2015, pp. 652-696). La paginación corresponde al buscador de páginas del documento en PDF, alojado en el sitio web de la Mesa de Conversaciones.

#### Notas

1. Aunque Torrijos reconoce una "larga cadena de violencia estructural que caracterizase a la cultura política colombiana incluso desde antes de la proclamación del Estado soberano" (p. 657), su punto de partida es la década de 1960.

#### Referencias bibliográficas

- Baumol, William. (1990). Entrepreneurship: Productive, unproductive and destructive. *Journal of Political Economy*, 76 (2), pp. 169-217.
- Collier, Paul y Hoeffler, Anke. (1999). Justice-seeking and loot-seeking in civil war. Working paper. World Bank.
- Garfinkel, Michelle y Skaperdas, Stergios. (2000). Conflict without misperceptions or incomplete information: information: how the future matters. *Journal of Conflict Resolution*, 44 (6), pp. 792-806.
- Garbaneff, Yuri y Jácome, Flavio. (2000). El conflicto armado en Colombia. Una aproximación a la teoría de juegos. Archivos de Macroeconomía, documento 138. Bogotá, D. C.: Departamento Nacional de Planeación, Unidad de Análisis Macroeconómico.
- Grossman, Herschel. (1991). A General Equilibrium Model of Insurrections. *The American Economic Review*, 81 (4), pp. 912-921.
- Grossman, Herschel. (1995). Insurrections. En: Hartley Keith y Sandler, Todd. (eds.). *Handbook of Defense Economics*. New York: Elsevier.
- Grossman, Herschel. (1998). Producers and predators. *Pacific Economic Review*, 3, pp. 169-187.
- Hirshleifer, Jack. (1988a). Conflict and rent seeking: ratio vs. difference models. Working paper, UCLA.
- Hirshleifer, Jack. (1988b). The analytics of continuing conflict. *Synthese* (76), 201-22.
- Hirshleifer, Jack. (1995). Theorizing about conflict. In K. y. Hartley, *Handbook of Defense Economics*. New York: Elsevier.
- Isaza, José Fernando y Campos, Diógenes. (2005). Modelos dinámicos de guerra: El conflicto colombiano. *Revista Academia Colombiana de Ciencias*, 29 (110), pp. 133-148.
- Jiménez, Francisco. (2008). Teoría de juegos y ciencia política. Bogotá, D. C.: Convenio Andrés Bello, Universidad Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- McGuire, Martin y Olson, Mancur. (1996). The economics of autocracy and majority rule: The invisible hand. *Journal of Economic Literature and the use of force*, 34 (1), pp. 72-96.
- Von Neumann, John y Morgenstern, Oskar. (1944). *Theory of games and economic behavior*. New York: John Wiley & Sons.
- Salazar, Boris y Castillo, María del Pilar. (2001). La hora de los dinosaurios. Conflicto y depredación en Colombia. Bogotá, D. C.: Cidse-Cerec.
- Skaperdas, Stergios. (1992). Cooperation, conflict and power in the absence of property rights. *The American Economic Review*, 82 (4), pp. 720-739.
- Skaperdas, Stergios y Syropoulos, Constantinos. (1995). Gangs as primitive states. In Fiorentini, Gianluca y Peltzman, Sam (eds.). *The Economics of Organised Crime*. Cambridge: Cambridge University.
- Skaperdas, Stergios y Syropoulos, Constantinos. (1996). Can the shadow of the future harm cooperation? *Journal of Economic Behaviour and Organization*, 29, pp. 355-372.
- Vicente Torrijos. (2015). Cartografía del conflicto: pautas interpretativas sobre la evolución del conflicto irregular colombiano. En: Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 652-696). Mesa de Conversaciones. Recuperado de <https://www.mesadeconversaciones.com.co/comunicados/informe-comisio%CC%81nhisto%CC%81ricadel-conflicto-y-sus-victimas-la-habana-febrero-de-2015>
- Tullock, Gordon. (1967). The welfare costs of tariffs, monopolies and theft. *Western Economic Journal*, 5, pp. 224-32.
- Valencia, Germán. (2006). La economía frente al conflicto armado interno colombiano, 1990-2006. *Perfil de Coyuntura Económica*, 8, pp. 140-174.